

El problema de la identidad mexicana, o del fistol y la linterna

GABRIELA VALLEJO CERVANTES

La pregunta de hacia dónde va la nación mexicana, tan actual en nuestros tiempos, ha sido la preocupación principal vigente desde los movimientos independentistas de 1810, no sólo por un deseo de seguridad o autojustificación ante el futuro, sino por la responsabilidad que implica tomar una senda, trazar un rostro, una imagen social acorde con nuestros fundamentos, expectativas y tendencias en el marco de la libertad de elección. El deseo constante ante la incógnita que no acaba de resolverse es encontrar el hilo del progreso frente a una cultura compleja y disímbola que muchas veces, como dice Octavio Paz en *El laberinto de la soledad*, se adelanta a la historia y la profetiza, o deja de expresarla y la traiciona.

Dentro del liberalismo decimonónico, las posibilidades de mirar los hechos como profecía o traición parecen estar muy cercanas: en la necesidad urgente de respuestas se recurre a los mitos, a la parcialización, a revestir de modernidad y democracia los vestigios del sistema colonial. Tal fue el caso de las transiciones de liberalismo posindependentista a monarquía liberal y vuelta al liberalismo del gobierno de Díaz. Los regímenes de fuerza se apoyaron en los escalones de la historia para legitimarse y de ahí intentaron verse, es decir, definir un concepto de nación que dibujara para la posteridad las emblemáticas líneas del presente.

Dado que el ejercicio de la historia entraña un tipo de acercamiento a la realidad y un tipo de escritura, en el siglo XIX se privilegió el periodismo y la novela histórica. En esas dos vertientes destacan José Tomás de Cuéllar y Manuel Payno. La Universidad Nacional Autónoma de México, en la bonita colección *Ida y regreso al siglo XIX*, ha publicado en fecha reciente un volumen coordinado por Margo Glantz con los textos de historiadores, ensayistas y estudiosos especializados en la obra de

estos dos autores, singulares testigos de los movimientos libertarios y sus consecuencias cotidianas en el país en la segunda mitad del siglo, que coincidentemente murieron en 1894, en la plenitud del gobierno de Díaz. Para Carlos Monsiváis, en su artículo "Las costumbres avanzan entre regañones", una idea regidora en el XIX mexicano era la de construir una nación, lo que implicaba definir qué era lo nacional, cuáles eran las conductas adecuadas y cuáles las limitaciones sociales y culturales para los nuevos ciudadanos. Desde la publicación de *El periquillo sarniento* (1816) y *La Quijotita y su prima* (1820) de Fernández de Lizardi, empiezan a explorarse los paradigmas del mexicano responsable y la mujer ideal, humilde, discreta, virtuosa. Aun cuando se pretende que la literatura forje una psicología social, entre los concluyentes trabajos de Ignacio Ramírez, Guillermo Prieto e Ignacio Manuel Altamirano, el proyecto de identidad nacional tiene huecos cada vez más evidentes para los observadores atentos: la nación no son todos los habitantes; quedan fuera los que no comparten la conciencia del cambio, es decir, las clases bajas, los indígenas, los habitantes de pueblos pequeños, aislados y alejados de nuevas modas y conceptos. La consideración que presenta Monsiváis es fundamental: cómo entonces lograr una nación, consolidar el progreso, ser parte de un mundo moderno si no pueden concertarse las voces de los habitantes del país, si no se logra encender una llama unívoca de nacionalismo. A través de ese hueco, de esa ranura que pasa a ser una falla geográfica a lo largo de todo el territorio, es que se infiltra José Tomás de Cuéllar. Nacido en 1830, con una formación religiosa y militar, Cuéllar participa en su adolescencia en un hecho bélico único y simbólico para la historia de México: la defensa del Castillo de Chapultepec contra el ejército norteamer-

icano. Luego de su experiencia como niño héroe, se dedica al periodismo que combina con trabajos como dibujante, fotógrafo, orador cívico, promotor cultural y posteriormente como secretario y encargado de negocios en la Legación Mexicana en Washington y como subsecretario de Relaciones Exteriores. Era, además, un hombre de teatro afecto a realizar tertulias en donde representaba pequeñas obras moralizantes. En palabras de Antonio Saborit,

Cuéllar montó en interiores los distintos agravios que él notaba diariamente en la gente de la capital. Interiores y personajes vistos casi siempre como insectos en un frasco de cristal, de cerca, pero a la vez a prudente distancia. El autor como escenógrafo montó salones y tocadores, asistencias y cocinas, dormitorios y despachos. Y en estos ambientes se proyectaron las imágenes de la sociedad que autor como apuntador mantenía en movimiento, ape-gándolas a sus gestos sociales más característicos. (p. 54.)

La ciudad era pues su gran escenario: en ella circulaban las distintas ideologías, las falsas esperanzas, las imágenes coloridas de la pretensión y el derroche junto a las miserias a la vuelta de la esquina. Fue entre esos dos bloques maniqueos, entre la "verdad" y la mentira, que Cuéllar afiló su aguijón satírico, con frecuencia molesto para sus contemporáneos. Según lo plantea Manuel de Ezcurdia en su artículo "La modernidad de Cuéllar", el autor nace en un momento inoportuno y eso lo lleva a volverse un inoportuno: carente de una vocación única, con una vida llena de ambiciones que fracasan como fracasa su ambición de convertirse en un gran pintor, Cuéllar se vuelve un gran observador: en *Ensalada de pollos*, *Baile y cochino*, *Chucho el niño* o *Las jamonas*, por citar sólo algunas de sus obras, pasan a la báscula los personajes de la sociedad "ilustrada", "cultura" del porfiriato, tanto como el peladaje en sus cocinas, en sus caballerizas o fuera de sus casas. Tras del ánimo caricaturizante, "despertador" de la conciencia de la realidad, para Cuéllar, ver es criticar y criticar es colaborar en el progreso nacional. Guillermo Prieto, citado por Sergio González Rodríguez, en "De lo viejo a lo nuevo: *La linterna*

na mágica de José T. de Cuéllar”, nos muestra cómo los cuadros de costumbres tenían una importancia fundamental para el nuevo país. Antes —en la Conquista o la Colonia, ese periodo de “marasmo y vergüenza”— hubiera sido imposible que se presentaran pues se carecían de costumbres nacionales, en la opinión de Prieto, aunque quedasen aún los sabores nostálgicos de Europa frente a un incierto panorama nacional:

¿Quién no llama ordinario y de mal tono al poeta que quisiese brindar a su amada pulque, en vez de néctar de Lico? ¿Quién no se horripila con la pintura de una China, a la vez que aplaude ciego a la Manola española, y recorre con placer los cuadros espantosos de Sué, refiriéndose a aquella familia nauseabunda de Bras-Rouge y de la Chouette? ¿Será culpa de los escritores hallar en una mesa el pulque junto al *champagne*, y en un festín el mole de guajolote al lado del succulento *roastbeef*? ¿Será su culpa que en vez de “La Marsellesa”, de “Dios salve al rey”, y de todos esos himnos que formulan el regocijo o la plegaria solemne de un pueblo, no tengamos verdaderamente nuestro más que el alegrísimo jarabe? La vergüenza es para nuestros gobiernos, que aún no saben formular un pueblo; para muchos de nuestros hombres, que desdeñan pertenecer a su pueblo; el escritor cumple, porque entre más repugnante aparezca su cuadro, será más benéfica la lección que encierre. (p. 24.)

Cuéllar inaugura un tránsito azaroso de lo viejo a lo nuevo, en ese choque cultural percibido por Guillermo Prieto entre lo propio y lo extranjero, cuando aún lo extranjero resultaba para muchos lo más familiar y cercano. La conciencia histórica, y sobre todo, la conciencia de lo que se ha vivido, de la importancia de los tiempos que “se viven”, forja cada vez más una necesidad de narrar lo inmediato, de contar las cosas pequeñas y grandes, de salir de la ciudad y transitar por el país rural, por el país costero, o por el país de la provincia del interior, cada uno de ellos distinto al otro, con otro paisaje, con otra cocina, aunque todos entrando paulatinamente al marco de la nación. En ese terreno y al otro lado de la moneda del costumbrismo satírico, es que

transita el costumbrismo “histórico” de Manuel Payno. De acuerdo con el idealismo de la época, para éste la historia narrada tenía un papel fundamental en la educación del mexicano, en la construcción del progreso hacia la modernidad. Corresponsal de varios diarios e intenso viajero, de carácter mesurado y modales finos, Payno, al igual que Cuéllar, tuvo cargos públicos, como secretario de Hacienda, diputado, senador y cónsul en Barcelona y Santander. Un hombre más de convicciones morales que políticas, él retrató con talento literario y especialmente con rigor histórico el mundo alternativo que se movía bajo los ideales de la nueva nación. Destacan quizá sus dos vertientes creativas: la de testimonio de los procesos político-económicos bajo el liberalismo mexicano y sus relaciones con otros países (cuyas pautas nos presentan en este homenaje, entre otros, Andrés Lira, Nicole Girón y Antonia Pi-Suñer Llorens) y por otro lado, su faceta más conocida como escritor de estampas de viajes, relatos románticos y sobre todo novelas históricas. Es en este aspecto que es más conocido, y sus novelas, *El fistol del diablo* y *Los bandidos de Río Frío*, de las más leídas hasta hoy. Según Rafael Pérez Gay, la generación de escritores a la que perteneció Payno (con Guillermo Prieto y Vicente Riva Palacio, por ejemplo) compartía un ideal ceñero: “emancipar a la literatura nacional”, mexicanizarla, darle una identidad recurriendo al paisaje, a los tipos sociales en los distintos lugares del territorio, al pasado indígena, a las tradiciones y leyendas. El costumbrismo de Payno también estuvo dirigido a la recuperación de una conciencia pero esta vez a través de una identificación, o más aún, de la adopción de una imagen de lo nacional. En ese sentido, se trataba también de un viaje, de un encuentro con lo “propio”, con los principios e ideales que conformaban un país emancipado. *Los bandidos de Río Frío* es pues un recorrido por las clases, historias y laberintos de la sociedad del siglo XIX. Partiendo de un país fragmentado y diverso, este autor construye una narración “naturalista, humorística, de costumbres, crímenes y horrores”, según el subtítulo de la primera edición de Barcelona. A diferencia de Cuéllar, no pretende el *castigat ridendo mores* de la indignación satírica, sino, por el contra-

rio, enfatizar y reconfortar que sí existe una sociedad selecta, un orden moral que se recibe a través de la educación, y de la pertenencia a una clase. El sustrato indígena, difuso desde la Colonia, tan lejos, en las ciudades, de sus tradiciones antiguas, formaban la clase inexistente, el peladaje, los desclasados, los que quedaron al margen de la nación: eran los antiguos macehuales, según lo cita Monsiváis, los que vivían anónimamente en la calle, con penas y sin gloria, que se alimentaban de gordas, pulques y restos de comida. Ladrones, forajidos, aventureros, brujas y pordioseros. Hombres y mujeres sin religión, sin pasado y sin futuro que vivían y morían en el fango.

Al leer a estos autores se desprenden los rasgos de la lucha que significaba el definir la identidad nacional: quiénes y cómo son los ciudadanos, cuáles merecen discurrir sobre el destino de la nación, que influencia histórica fue benéfica y cuál no en la doble enramada indígena y española, cuáles son, entonces, los principios claros por los que podemos guiarnos al futuro, y por tanto, aspirar a un mundo ordenado. De esa búsqueda de modelos se ha forjado la escritura chispeante de estos autores. Aunque ni Cuéllar ni Payno deslumbran por la arquitectura de su prosa, sí lo hacen por la riqueza de sus cuadros, por la variedad de sus personajes, por el catálogo de las hablas, por el inventario de costumbres y vicios, por el bosquejo monumental de su siglo. Aquí, en este escenario alumbrado por una linterna mágica, la antropología y la sociología dialogan largamente con la lingüística, la política y la historia, sin dejar de incluir en el coloquio de manera más o menos velada a la religión, aun cuando se trate de una obra liberal. El trabajo de los estudiosos en este homenaje ha consistido entonces en abrirnos distintas ventanas, mostrarnos la tramoya, contrastar los diálogos con la fotografía, la pintura, la caricatura y el humorismo, iluminarnos otros escenarios posibles dentro del gran entramado del México independiente. ◆

Margo Glantz (coord.): *Del fistol a la linterna. Homenaje a José Tomás de Cuéllar y Manuel Payno en el centenario de su muerte*, Universidad Nacional Autónoma de México (Col. Ida y regreso al siglo XIX), México, 1997. 254 pp.